

Los rostros de la misericordia de Dios en su pueblo

Jose Luis Muñoz, HE,
Parroquia “La Cruz Gloriosa”, Quillacollo,
jlmuchi@gmail.com

Introducción

No voy a dar una ponencia, sino sólo compartir experiencias sobre los *rostros de la misericordia de Dios en su pueblo*, como dice el título, sin ninguna pretensión magistral. Les voy a hacer un relato de hechos salidos del pueblo, traspasados de misericordia, que para mí revelan el corazón de Dios.

Esta exposición tiene cuatro partes. Primero, destacar cómo, a lo largo de la revelación Propongo volver a Nazaret para entender estos rostros, porque allí vivió Jesús 30 años, con el pueblo, aprendiendo de él, “como uno de tantos”. Acompañado por María y José, aprenderá que Dios es el Padre, cuya misericordia “llega a sus fieles de generación en generación” (Lc 1,50), que Dios “derriba de sus tronos a los poderosos y enaltece a los humildes, a los pobres los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (véase Lc 1,52-53). Él llamará a Dios, después, *Abba*, porque lo experimenta transido de ternura por él y por su pueblo, volcado por los pobres e identificado con ellos, nada que ver con las propuestas del templo o de los escribas y fariseos, que entretienen y distorsionan a Dios.

Y no es que Nazaret sea el lugar de la perfección y de la pureza. Los pobres son pecadores como los demás, tienen sus macanas, como todos, pero son los preferidos de Dios, por ser pobres. Allí vivió Jesús las condiciones para asumir después el pastoreo “con olor a oveja”¹, que es la condición para poder

¹ FRANCISCO, “Homilia en la Misa Crismal de Jueves Santo” (28.03.2013), en <https://www.aciprensa.com/noticias/misa-crismal-jueves-santo-el-papa-pide-a-sacerdotes-ser-pescadores-de-hombres-con-olor-a-oveja-50582/> (fecha de consulta 24.09.2016).

compadecerse, como dice la Carta a los Hebreos: “Se hizo semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser sumo sacerdote, que pide perdón y es misericordioso y fiel” (véase Hb 2,17).

En Nazaret aprendió Jesús, en la escuela de la vida, las claves para interpretar hechos como los que vamos a interpretar hoy. Es por eso que invito a situarnos desde Nazaret.

Soy testigo presencial de las experiencias de “misericordia”, que voy a referir, desde el contacto con el pueblo pobre, como se me ha pedido. Las he vivido yo en primera persona, nadie me las ha contado y descubro que la misericordia se vive entre los pobres, sin que convoquen a un año especial para vivirla; son como flores, que nacen al margen del camino, que embellecen la vida. Cada vez que me he visto envuelto en una de estas experiencias fuertes, he dicho con Jesús: “Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas no a los sabios y entendidos, sino a la gente sencilla” (véase Mt 11,25).

1. Primer flash del rostro misericordioso de Dios con su pueblo: Iglesia de la Trinidad, Salvador de Bahía

Era una iglesia abandonada, medio caída, en la que empezaron a cobijarse algunos sin techo o gente de la calle. Entre ellos también, un peregrino joven, Enrique, cristiano convencido, hombre de la calle él también, cuya opción era encarnarse y consagrarse a Dios entre ellos. Con el tiempo, hace unos 15 años, el arzobispado de Salvador de Bahía ve que esa iglesia está habitada y, lejos de desalojar a la gente, asume pastoralmente la tarea de acompañarlos.

Hoy es una comunidad terapéutica, en la que hay unas 30 personas, acompañados, por este Enrique, por dos laicas consagradas a esta causa, una religiosa y por el responsable de la

pastoral social de la diócesis, que viven con ellos y como ellos. Ponen en común algo de lo que recogen o ganan trabajando en la calle para el comedor comunitario, y duermen en el suelo, en cartones que extienden en la noche y recogen por la mañana. Los que quieren, oran juntos al alba y al atardecer.

Celebran dos veces a la semana la Eucaristía, una de ellas los jueves, abierta a cuantas personas de la calle quieran asistir. El pueblo de la calle es creyente en Brasil, llegan 20 ó 30 hombres y mujeres jóvenes, la mayoría adictos a la droga o el alcohol, algunos del mundo de la prostitución. Celebran la Eucaristía, oran, cantan. Es como las comidas de Jesús con los pecadores y las prostitutas. Nadie dice por los parlantes: “Si alguien no está debidamente preparado, no puede acercarse a recibir la sagrada comunión”. Al contrario, todos son invitados a acercarse al ofrecimiento de Jesús, “tomen y coman” (Mt 26,26). La mayoría comulgan. Después, toman juntos una sopa abundante preparada por la comunidad. Esa noche son invitados a quedarse dentro de la iglesia, para tener una noche sin alcohol, sin droga, sin prostitución.

Yo he vivido 5 meses en esa iglesia, como parte de un periodo sabático, entre noviembre del año pasado y abril del presente, pues entre esta gente hay también un hermanito con 86 años, cuya opción es vivir y acabar sus días con este pueblo de la calle, como ellos se llaman, y le prometí pasar un tiempo largo con él, nutriéndome de la experiencia espiritual que allí emana.

¿Por qué expongo este caso? Porque es una prolongación del estilo de Jesús, que no mira la disposición de la persona, sino que se deja llevar por el impulso de su corazón: aceptar al otro tal cual es, misericordiosamente, sin condenarlo ni juzgarlo.

Todos son pobres diablos con historias imposibles de alcohol, violencia, droga. Pero, ¿acaso le quita a alguno de ellos Cristo su favor? ¿Acaso le niega la mirada? ¿Se hace ascos de alguno de ellos? Esa noche la Iglesia, en esa comunidad cristiana, ofrece la comunión a gente con quien Dios está en profunda comunión, aunque no estén en regla con la oficialidad.

Es una Iglesia vuelta al Jesús del Evangelio, sin los filtros que se han hecho de Él a lo largo de la historia, con el peso polvoriento del derecho y la moral. A los pobres les hace falta la frescura del Evangelio, con la que Jesús contagiaba su experiencia del *Abba*, y con cuya presencia dejaba habitado su corazón.

Los escribas y fariseos se habrían escandalizado, como habrá quien se escandalice hoy, pero con Jesús, en esta iglesia sigue estando clara la conciencia de que al *Abba* le interesa la “misericordia y no los sacrificios” y que él “no vino para llamar a los justos sino a los pecadores” y que “no tienen necesidad del médico los sanos, sino los enfermos” (véase Mt 9,12-13).

Es un rostro claro de la “misericordia de Dios con su pueblo”, nacido de la carne pobre de una Iglesia de base, encarnada entre los pobres. Y una Iglesia pobre, entre los excluidos, también es una Iglesia que hace magisterio con su práctica coherente, sin esperar a que se revise el derecho canónico.

2. Segundo flash del rostro misericordioso de Dios con su pueblo: una prostituta moribunda

En un país de América Latina, Celina, nombre ficticio, era la dueña de una casa de citas, una casa grande, pero modesta, no un motel; allí había vivido y ejercido su trabajo y allí seguía viviendo, pasando su última enfermedad y muriéndose de un cáncer terminal.

Mandó a buscarme con un matrimonio de la comunidad cristiana, para que me llevaran al prostíbulo, sin causar habladurías. Nos dejaron solos, quería confesarse. Habló y lloró lo habido y por haber. Se desahogó. ¿Qué no había vivido esa mujer? ¿Qué no hizo y qué no hicieron con ella? No era tan mayor, unos 50 años.

Después que se confesó, yo le dije: “Es importante ahora, Celina, en este encuentro, que Dios se te confiese. Tú ya te confesaste. Déjalo que se te confiese Él ahora”. Le tomé la mano y le fui susurrando frases bíblicas: “Tú eres mi hija amada, en ti me complazco” (véase Mt 3,17). “Tus pecados te son perdonados” (Lc 7,48). “Dios te ha amado siempre; jamás se ha apartado de ti ni te ha vuelto la espalda. Dios se ha complacido siempre en ti y esperaba este momento para decírtelo: «Tú eres mía, con amor eterno te amé»” (véase Jr 31,3). “Dios te ha amado siempre, incluso cuando te prostituías”. Le conté la Parábola del Hijo Pródigo y le insistí que Dios se le colgaba al cuello y la cubría de besos emocionado y organizaba una fiesta. Se iba quedando en paz. Lloraba serenamente con emoción.

Duró este intercambio. Comulgó después, acompañada ya por el matrimonio amigo y por otras dos o tres mujeres de su casa. Le administré la Santa Unción. Se quedó en paz.

Al día siguiente, volví por mi cuenta y sin compañía. El local seguía funcionando. “¿Cómo iban a pagar los gastos de su enfermedad y su muerte?”, me dijo una de las mujeres, sin que yo le preguntara. “¿Por qué has venido?”, dijo Celina, “¿no ves que...?” Temía que hablaran de mí. “Quiero confirmarte lo de ayer”, le dije. “Tú para Dios vales la pena. Siempre te amó loca y perdidamente, y quería saber cómo seguías. Además, te traigo de nuevo la comunión”. La enferma me dijo, llorando y con voz ronca, pero serenamente: “De tantos hombres que han pasado

por mi vida en esta habitación, tú eres el primero que ha venido por mí, desinteresadamente. Tú no has venido por mi cuerpo, me has traído a Dios y lo has dejado en mi corazón”.

Yo podría haber pedido que cerraran el prostíbulo, como me sugirió después un párroco, como condición para administrarles los sacramentos. Pero creo que Dios se hacía cargo de sus condiciones de vida frágil y de su sufrir. Ellas pagaban la enfermedad de Celina con su trabajo y no permitían que le faltara nada. Era el signo bello y entrañable, propio de las entrañas de esas mujeres; un gesto de amor que limpia los pecados; pero yo, incluso, veía una limpieza original en sus gestos. No iba yo a añadir un reproche más a los innumerables que la sociedad les hace, y éste en nombre de Dios. No había que “ver en ese momento, la paja en el ojo ajeno” (véase Lc 6,42). Pero es que, además, si Dios tocaba a los leprosos en su lepra, ¿por qué no a la prostituta en su prostíbulo, con las otras prostitutas? Si se dejó tocar y tocó a la pecadora, ¿por qué no se podía repetir sacramentalmente aquellos roces cariñosos en aquel prostíbulo? Tuve la profunda convicción, además, que aquellos gestos solidarios de las mujeres eran como el vaso de nardo puro que aquella otra mujer pecadora derramó a los pies de Jesús (cf. Jn 12,3). Sin decirlo, había una gratuidad y una falta de cálculo en ellas, que las entoncaba con la desmesura del Amor de Dios. Ellas ni se daban cuenta de eso, pero a mí me representaban el corazón de Dios.

Creo que es muy importante que dejemos a Dios ser Dios y quitarnos del medio, para facilitarle el protagonismo a El. Cuidado con empañar la misericordia, por la fidelidad a nuestras tradiciones, pues seríamos como aquellos a los que Jesús denunciaba por “¡olvidar el mandamiento de Dios y sacrificarlo por los preceptos humanos!” (véase Mc 7,8). Y ¡cuidado con

ejercer de funcionarios de aduana!, como nos alerta el Papa Francisco².

Es otro cuadro en que “mujeres de la vida” presentan el rostro misericordioso de Dios. Y estoy seguro que Dios no se hará ascos de ellas; al contrario, “lleno de gozo en el Espíritu, [alabaría al Padre] por revelar estas cosas a los pequeños y sencillos, por puro agrado de su ser” (véase Lc 10,21).

3. Tercer flash del rostro misericordioso de Dios con su pueblo: una mujer comparte el cuerpo de Cristo con su amiga

Una de las catequistas de una parroquia, casada por la Iglesia, hizo crisis en su matrimonio. Lucharon para salvarlo y fue imposible. Se divorció. Siguió en la parroquia, como lectora dominical y catequista.

Al cabo de varios años, aparece en su horizonte un hombre, también separado. Empiezan a salir juntos, disciernen, consultan, lo piensan y acaban casándose por lo civil. Ella sigue en la parroquia, comienzan los comentarios, el párroco le dice que está escandalizando a la comunidad, que deje de ser catequista y lectora y que no se acerque a comulgar. Ella obedece. Los domingos van a misa, pero no comulgan.

Pasan años, es un hogar estable; tienen hijos, que son bautizados y hacen su primera comunión. Ella sigue siendo una mujer presente en los asuntos de la parroquia, colabora en Caritas y en la visita a las familias con enfermos o a familias en dificultad. Anhela la participación plena en la eucaristía, a la que asiste cada domingo, pero no se atreve a comulgar.

² Cf. FRANCISCO, “Homilia en la capilla de la Casa de Santa Marta” (25.05.2013), en <https://es.zenit.org/articulos/no-cerremos-las-puertas-a-quien-se-acerca-a-la-iglesia/> (fecha de consulta 24.09.2016).

Llega un momento señalado, el aniversario de la muerte de alguien muy querido en la comunidad, y hay una Eucaristía, concelebrada, muy concurrida. Ella asiste. En el momento de la comunión, alguien avisa que “sólo se acerquen los que están debidamente preparados”, como es habitual en las iglesias. Ella, como siempre, se queda en su sitio. Y aquí viene algo entrañable: una vecina amiga la ve y, cuando vuelve de comulgar se sienta junto a ella, y discretamente saca de la mano media hostia de la que había recibido ella, y se la da. No tiene tiempo para pensarlo y comulga emocionada.

Comentario de la mujer que le compartió la sagrada hostia: “Yo pienso que ella tenía más necesidad de comulgar que ninguno de nosotros”. Me quedé boquiabierto y emocionado y creo que es verdad, ella que estaba como proscrita y llevaba tantos años marginada. Y pienso, además, que Jesús le dice: “Yo no te condeno, vete en paz” (véase Jn 8,11), como aquella vez que dijo que “el que estuviera libre de pecado tirara la primera piedra” (Jn 8,7). Y confieso a la vez que encuentro una simbiosis entre la necesidad que tiene el enfermo del médico y viceversa: la necesidad del médico del enfermo; así el pecador tiene necesidad de Dios y viceversa: Dios misericordioso tiene necesidad de expresarle el perdón al pecador. Es Dios también quien quiere expresarnos su comunión en la Eucaristía, y pecadores somos todos. Esas mujeres del pueblo lo entienden desde las entrañas, aunque se salgan de la regla. Pero es que entienden también, aunque no lo digan, que “el sábado se hizo para el hombre y la mujer, y no éstos para el sábado” (véase Mc 2,27).

Habría muchas cosas que hablar de si lo hicieron bien o mal, lo sé. Para mí es un caso de la misericordia de Dios, vivida desde abajo. La Iglesia debería tener entrañas así, de amiga, de hermana, y se debería hacer más compañera de camino que

censura, con entrañas de compasión, desde las que abordar luego los casos, para “no hacer de aduana”³, repito con el Papa. A esto se refiere él cuando dice que “los pastores deben oler a oveja”⁴. Deben situarse entre el pueblo llano, con sus avatares y sus condicionamientos, pisando su mismo barro, y percibir las lecciones que el pueblo imparte, autorizado por Dios. Lo mismo que cuando dice que “prefiere una Iglesia que se equivoque, por estar inserta, entre el barro de la vida, que una Iglesia correcta, pero encerrada en sí misma, por miedo a equivocarse” (véase EG 49). Es lo que hizo Jesús en los 30 años entre los pobres de Nazaret, que lo formatearon de tal manera que no pudo dejar de ser uno de ellos tampoco en su vida pública, sin asco de pisar el barro de sus paisanos. Pongámonos además la mano en el corazón, ¿quién está libre de pecado?: ¿el cardenal palaciego?, ¿el político corrupto, aunque comulgue?, ¿el empresario que explota, aunque vaya a misa?, ¿el cura que busca la plata en lo sagrado?, ¿la abadesa, pura como un ángel, pero soberbia, como un demonio?

Yo pienso hoy ante ustedes que tenemos que dar gracias porque la Iglesia, en la persona de estas mujeres del pueblo, sabe reaccionar y enseñarnos a vivir el espíritu, no la letra de la ley, aunque no esté legitimado por la oficialidad canónica. Es una lección de la misericordia de Dios con su pueblo y desde su pueblo, y nos la da con el magisterio de los pobres, porque así le parece bien a Dios.

³ Véase *ibid.*

⁴ FRANCISCO, “Homilia en la Misa Crismal de Jueves Santo” (28.03.2013), en <https://www.aciprensa.com/noticias/misa-crismal-jueves-santo-el-papa-pide-a-sacerdotes-ser-pescadores-de-hombres-con-olor-a-oveja-50582/> (fecha de consulta 24.09.2016).

4. Cuarto flash del rostro misericordioso de Dios con su pueblo: una mujer rota reencuentra la vida

Patricia, nombre ficticio, es una mujer de entre 55 ó 60 años, antigua prostituta, ex-alcohólica y ex-drogadicta. Tuvo en su haber varios abortos, y abandonó a dos hijos nacidos vivos.

Deja la droga y el alcohol y deja de prostituirse cuando entra en una comunidad terapéutica, de la mano de miembros de una comunidad cristiana de base, de la que acabará siendo miembro. Se rehabilita, le proponen hacer terapia ocupacional o voluntariado en un hogar de niños abandonados de la asistencia pública. Allí conoce a Edson, nombre ficticio, un niño paralítico cerebral profundo, que mira y oye, pero que no habla ni comprende y es incapaz de incorporarse, de caminar y de moverse coordinadamente; nunca comió por sí mismo ni controló esfínteres. Ella lo atiende, como a otros, pero le va entrando una verdadera compasión por ese niño, hecho un vegetal, incapaz de mostrar sentimientos, total y absolutamente dependiente de los demás para todo.

Patricia, una vez recuperada de la droga, del alcohol y de la prostitución, se hace miembro de alcohólicos y tóxico-dependientes anónimos, adquiere un trabajo de limpiadora y una vida autónoma, sigue visitando a Edson y decide pedir su custodia y, al cabo de unos años, la adopción. Le conceden la primera y la segunda, y hoy es el día que Edson es su hijo y vive con ella, después de casi 20 años.

De la degeneración de su ser de madre de la vida anterior, fue pasando, de la mano de la comunidad y de Dios, a ser a una mujer con entrañas de compasión y misericordia, capaz de dar amor gratuitamente y sin ninguna posibilidad de recibir respuesta exteriormente. Ella es madre no biológica de este joven, ya un adulto, que adoptó desde su corazón y sus entrañas de mujer.

¿Quién le enseñó a ser así?: “Dios”, dice, “Él se comportó así conmigo. Cuando yo no era nadie, Él me amó y me convirtió al amor”.

Es una experiencia de la misericordia de Dios que la convierte en misericordiosa. Lava a Edson, le da de comer, lo cambia, le compra pañales, lo saca al sol con el fresco de la mañana y lo pone ante el ventilador en las horas tórridas del trópico amerindio. Es un acto de fe en el ser humano y de misericordia pura. “Por la entrañable Misericordia de nuestro Dios, nos ha visitado el sol que nace de lo Alto” (Lc 1,78), recito yo. Y nos visita en las vidas de los “don nadie”, lejos de “los sabios y entendidos” (Mt 11,25), y volvería a exultar de gozo como hace 2000 años y repetiría: “Sí, Padre, ese ha sido tu capricho” (véase Mt 11,26).

Conclusión

“¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1,46), se preguntó Natanael. Seguro que ustedes conocen otras tantas historias surgidas del pueblo, lecciones de humanidad, con las que Dios nos visita. Por ellas se salva nuestro mundo. Y me doy cuenta, después de terminar mis relatos, que, si exceptúo el primero, los otros tres manifiestan rostros femeninos de Dios. La misericordia es una expresión del ser femenino de Dios, de la maternidad de Dios. Me alegra y me satisface descubrir que Dios se revela desde abajo, y no por acaso desde la humanidad femenina, que ha sido desconocida y sigue siéndolo, como si la historia se hubiera dado sin ella.

Termino: podríamos hacer una lista sin fin. Para nosotros creyentes, son otros tantos rostros de la misericordia de Dios con la que Dios sigue visitando a su pueblo. Esa corriente ingente de personas anónimas, religiosas/os, laicas/os que dan su vida por una humanidad alternativa, salvan hoy al mundo, echándole una mano a Dios.